

# The Standard Bearer

## El Portaestandarte

**The Standard Bearer** (ISSN 0362-4692 [impreso], 2372-9813 [en línea]) es una publicación mensual, publicada por la Reformed Free Publishing Association; 1894 Georgetown Center Dr. Jenison MI 49428-7137.

### Política de reimpresión y publicación en línea

Por la presente se concede permiso para la reimpresión o publicación en línea de los artículos del Standard Bearer por otras publicaciones, siempre que dichos artículos reimprimos se reproduzcan en su totalidad; se citen debidamente; y que se envíe a la oficina editorial una copia de la publicación periódica o de la ubicación de Internet en la que aparece dicha reimpresión o publicación.

### Política editorial

Cada editor es el único responsable del contenido de sus propios artículos.

Las cartas al editor deben limitarse a 600 palabras, estar escritas de manera fraternal y responder únicamente a artículos publicados (no a cartas publicadas). Se pueden incluir intercambios más extensos sobre un tema importante de amplio interés como contribuciones de invitados a discreción de los editores. Las cartas y contribuciones se publicarán a discreción del editor y podrán editarse para su publicación.

Todas las comunicaciones relativas a los contenidos deberán dirigirse a la redacción.

### Precio de la Suscripción completa

37,00 dólares al año en EE.UU., 52,00 dólares en el resto del mundo. e-suscripción: \$22.00 e-suscripción gratuita para los actuales suscriptores de la edición impresa.

### Política publicitaria

El Standard Bearer no acepta publicidad comercial de ningún tipo. Los anuncios de eventos de la iglesia y la escuela, aniversarios, obituarios, y las resoluciones de simpatía serán por una cuota de \$10.00. Los anuncios deben enviarse, con la cuota de \$10.00, a: RFPA, Attn: SB Announcements, 1894 Georgetown Center Dr, Jenison, MI 49428-7137 (correo electrónico: mail@rfpa.org). La fecha límite para los anuncios es un mes antes de la fecha de publicación.

Página web de la RFPA: [www.rfpa.org](http://www.rfpa.org)

Página web de la PRC : [www.prca.org](http://www.prca.org)

La Reformed Free Publishing Association mantiene la privacidad y la confianza de sus suscriptores al no compartir con ninguna persona, organización o iglesia ninguna información sobre los suscriptores del Standard Bearer.

### Oficina editorial

Prof. Barry Gritters  
4949 Ivanrest Ave SW  
Wyoming, MI 49418  
gritters@prca.org

### Oficina comercial

Sr. Dwight Quenga  
1894 Georgetown Center Dr  
Jenison, MI 49428-7137  
616-457-5970  
dwight@rfpa.org

Traducción al español por cortesía de Jorge Carbajal  
correo electrónico: [jorge.carbajal.a@hotmail.com](mailto:jorge.carbajal.a@hotmail.com)

Para obtener una copia completa de la versión original en inglés del Standard Bearer visite [www.rfpa.org](http://www.rfpa.org) para suscribirse. Si desea una copia completa de un solo número, envíe un correo electrónico a [mail@rfpa.org](mailto:mail@rfpa.org).

**Noviembre, 2024 • Volumen 101, Números 2 y 3**

## Contenido:

**Los Brazos Eternos (Deuteronomio 33:27a)**

**MEDITACION | Rev. STEVEN KEY | 2**

**La Exposición, Defensa y Desarrollo de la Fe Reformada en el Portaestandarte (Standard Bearer)**

**Rev. RONALD HANKO | 6**



REFORMED  
FREE PUBLISHING  
ASSOCIATION



## LOS BRAZOS ETERNOS

REV. STEVEN KEY

Ministro emérito de las Iglesias Protestantes Reformadas y miembro de Loveland PRC en Loveland, Colorado

### **El eterno Dios es tu refugio, y debajo están los brazos eternos. —Deuteronomio 33:27a**

En el momento en que escribo esta meditación, he estado sentado junto a la cama de mi piadosa madre mientras Dios se prepara para llevarla a su hogar celestial. Después de 89 años de recorrer esta tierra, desde su infancia corriendo alrededor de los invernaderos de su padre y ayudando a cuidar a sus hermanos menores, pasando por 70 años de matrimonio, dando a luz a tres hijos y brindándoles el cuidado fiel de una madre y abuela piadosa, a través de muchos años de su fiel servicio como una mujer piadosa en la iglesia, finalmente ha llegado el día del que nadie puede escapar, el día en que los seres queridos y los amigos se reúnen para recordar la fragilidad de la vida y la certeza de la muerte. Cuando se publique esto, ella estará en su hogar celestial. “Acabamos nuestros años como un pensamiento”, dijo Moisés en el Salmo 90.

Pero gracias a Dios, nosotros que somos uno con Cristo por una fe viva — como lo estuvo nuestra madre —, se nos ha dado una esperanza viva y la seguridad de una verdad maravillosa. Porque Cristo ha vencido a la muerte por todos aquellos por quienes murió, nosotros que somos suyos entendemos que la muerte no es más que un siervo que nos conduce a glorias eternas. ¡Aleluya! ¡Nuestra madre ahora saborea los gozos de su hogar celestial! Pero no solo la muerte es ese siervo; *todas* las cosas nos sirven en ese camino hacia el cielo. Dios nos guía con su consejo, para luego recibirnos en la gloria (Sal. 73:24). Esa es la vida de una dulce madre en la iglesia de Cristo. Esa es la vida de todo creyente.

Las Escrituras irradian la bondad y la gloria del Dios de nuestra salvación. Su obra soberana en nuestras vidas es maravillosa. Esto se expresa en las palabras iniciales de Deuteronomio 33:27, así como en cualquier pasaje de la Biblia: “El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos”. ¡Cuán bendecidos somos!

Esto es cierto en cada paso de nuestra peregrinación terrenal. Esto es especialmente cierto cuando enfrentamos muchas pruebas. Esto es asombrosamente cierto cuando nos encontramos ante las puertas de la muerte. La Biblia revela en todo momento la soberanía de Dios en su fiel amor y cuidado por su pueblo, porque ese es el mensaje del evangelio de salvación en Cristo Jesús por la gracia soberana y particular de Dios. Habiendo sido redimidos por la preciosa sangre de Cristo, sabemos que todas las cosas ayudan a bien (Rom. 8:28). No solo algunas cosas, sino *todas* las cosas. El Dios eterno se encarga de ello. Se encarga de ello por amor a Jesús. En Él está nuestro refugio. Y por eso podemos saber que debajo de nosotros están los brazos eternos de ese Jehová inmutablemente fiel, el Dios de nuestra salvación. La bienaventuranza de esta Palabra de Dios es la herencia de la verdadera simiente de Abraham, de todos los que están en Cristo Jesús. Si perteneces al Señor de la

gloria por una fe verdadera y viva, puedes tomar estas preciosas palabras para ti, descansar en ellas y encontrar consuelo en ellas.

El texto nos señala esos brazos eternos de Dios en relación con el lugar donde tú y yo estamos parados, y dice: “*debajo están los brazos eternos*”. Dios está por encima de nosotros de una manera que nadie más lo está — exaltado en los cielos —. El versículo que precede inmediatamente a este nos dice: “No hay como el Dios de Jesurún, quien cabalga sobre los cielos para tu ayuda, y sobre las nubes con su grandeza”. ¡Piensa en su gloria! ¡No puedes escapar de ella! Él nos creó y nos dio todo lo que tenemos. Cada aliento proviene de Él, así como cada buen don. Él te dio tu lugar en tu familia, sea para bien o para mal. Nuestro Dios es quien nos muestra de innumerables maneras que Él gobierna sobre todos. El salmista lo confiesa en el Salmo 115:3, “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso ha hecho”. Y porque Él es exaltado como el único Dios verdadero y es el creador, es también suyo el derecho de decirnos cómo debemos vivir. Él exige de nosotros que le sirvamos. Requiere nuestra adoración fiel, nuestra alabanza, nuestra obediencia, nuestro amor. “Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (Heb. 4:13).

Él está por encima de nosotros de tal manera que hay un abismo infinito entre Él y nosotros. Porque no sólo es Él el Santo perfecto, sino que nosotros somos criaturas caídas, pecaminosas, incapaces de cumplir con la más mínima de las demandas de Dios. Y debido a que sus demandas *permanecen*, seguimos acumulando deuda, —una deuda que clama por nuestra condenación eterna—.

Por lo tanto, cuando el texto dice: “El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos”, debes entender que está transmitiendo una verdad maravillosa a un pueblo que Dios ha apartado para sí mismo y ha redimido.

Esta palabra está dirigida a Israel, el pueblo escogido de Dios, la manifestación de su iglesia en el Antiguo Testamento. Está dirigida a un pueblo en particular al que Dios ha salvado. Lo ha salvado por medio de la promesa en la preciosa sangre de su propio Hijo amado, tipificado por el cordero cuya sangre fue esparcida sobre los postes de las puertas de los hijos creyentes de Israel antes de que el ángel de la muerte pasara por Egipto. Por lo tanto, se los podría identificar por el nombre *Jesurún*, los justos. Las palabras de este texto, entonces, son palabras dirigidas a todos —no a quienes están sin pecado—sino a quienes están en Cristo Jesús por una fe verdadera y viva. Es por eso por lo que estas palabras son tan preciosas para nosotros.

“Debajo están los brazos eternos”. Debajo se refiere a esa región que no podemos ver y que a menudo nos resulta difícil afrontar. La Biblia habla a menudo del abismo, un lugar de desolación y destrucción. El salmista a menudo ora para que Dios lo libere de caer en el abismo. A veces ese abismo se refiere a la trampa y las consecuencias devastadoras de nuestros propios pecados. A veces se refiere al lugar de la muerte, —muerte, después de todo, es la paga del pecado. Otras veces ese abismo se refiere a la oscuridad y la desolación que podemos experimentar en nuestras propias almas y que amenazarían con llevarnos a ese punto de “no retorno”. En algunos casos, el abismo se refiere a la tumba.

He hablado a menudo de la vida cristiana como una vida que caminamos sobre una viga de equilibrio, muy por encima de un profundo abismo. Utilizo la figura de una viga de equilibrio porque Jesús habló de la vida cristiana como un caminar sobre un sendero muy estrecho. Hay peligros por todos lados, peligros de que perdamos el equilibrio y nos caigamos de un lado o del otro. La fe cristiana, y particularmente la fe reformada, es muy equilibrada. Las Escrituras nos obligan a tener una visión equilibrada de la vida cristiana. El

peligro es que tendemos a desequilibrarnos, a perder la perspectiva bíblica adecuada. Cuando hacemos eso, el abismo se abre ante nosotros y espera que caigamos. Además de eso, Satanás nos seduce y nos ataca, intentando hacernos caer en el abismo. Él no se da por vencido. No se da por vencido ni siquiera cuando un hijo de Dios está en su lecho de muerte. Es por eso que podemos estar tan agradecidos de pertenecer a nuestro fiel Salvador Jesucristo, y de escuchar las palabras de nuestro Salvador: “El Dios eterno es tu refugio, y debajo están los brazos eternos”.

Recuerdo la doxología final de esa breve epístola de Judas, el penúltimo libro de la Biblia, versículos 24 y 25: “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”. Este conocimiento debe ser tuyo, esta confesión debe ser tu propia convicción y esperanza.

Cuando el Espíritu habla de los brazos de Dios, es su manera de revelarnos que Dios está obrando para cumplir su propio propósito soberano e inmutable. Dios tiene un propósito marcado para nosotros con perfecto amor, porque siempre mira a su pueblo y lo ve en su amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo. Cualesquiera que sean los cambios que enfrentemos a medida que envejecemos, cualesquiera sean las pruebas que enfrentemos, incluso este viaje que todos debemos hacer a través del valle oscuro de la muerte, nunca hay un cambio en la infinita resolución de Dios de bendecir a su pueblo y preservarlo hasta el fin. El camino del SEÑOR es perfecto. Aunque ese camino a menudo es más alto que nuestros caminos, y su perfección está más allá de nuestra comprensión terrenal, Él nos lo ha demostrado a nosotros, su pueblo. Job lo dijo de esta manera: “Mas él conoce mi camino; me probará, y saldré como oro... Él, pues, acabará lo que ha determinado de mí, y muchas cosas como estas hay en él” (Job 23:10, 14).

Además del propósito inmutable y perfectamente sabio de Dios y del poder infinito por el cual Él obra todas las cosas para nuestro bien, también se refleja en esa expresión de “*los brazos eternos*”, es la paciencia inagotable con la que el Señor nos sostiene. Si tan sólo nos examináramos a nosotros mismos y nos viéramos como realmente somos delante del Dios viviente, ¡qué carga seríamos! ¡Qué pueblo tan exigente! ¡Qué pueblo tan desconsiderado! Dedicamos mucho tiempo a pensar en nuestras propias preocupaciones, nuestras propias necesidades, nuestras propias pruebas y tristezas. Nos ocupamos fácilmente de nuestros propios placeres, de nuestra situación terrenal, de nuestros deseos. ¡Y cómo nos agobian nuestros pecados! Ya sea que vivamos 15, 45 u 85 años, nuestra naturaleza pecaminosa nos atormenta cada día. Pero Dios ha tomado todo el peso de nuestros pecados sobre sí mismo en la persona de su Hijo Unigénito. En lugar de abandonarnos, sus brazos eternos nos sostienen— incluso si eso significa sacarnos del fuego. Él es paciente con nosotros, asegurándose de que ninguna de sus promesas falle.

Eso es verdad porque esos brazos eternos son los brazos de amor. Él nos dijo (Jeremías 31:3): “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”. Su amor tiene brazos y manos que nos atraen hacia Él. Esa es la única explicación para nuestra salvación. Nuestra seguridad proviene de un amor que nunca cambia, cuya llama no puede ser apagada ni por las aguas más profundas. Es el amor que se nos reveló en Cristo Jesús, el amor que también se derrama en nuestros corazones por el Espíritu Santo. Esa es nuestra salvación. Todo es obra de Dios. Y donde están los brazos eternos de Dios, allí está su poder para preservarnos y llevarnos a ese lugar que Él ha preparado para nosotros.

¡Qué importancia crucial tiene de que veamos esto frente a la muerte! La muerte es aterradora, excepto cuando conocemos esos brazos eternos. En *El Progreso del eregrino* de

John Bunyan, él describió a 'Cristiano' y a 'Esperanza' mientras ellos tenían que cruzar ese río para poder llegar a la ciudad celestial. 'Cristiano' tuvo un momento de miedo al entrar en ese río, sin conocer las profundidades. Clamó a 'Esperanza' con un grito profético que encontramos en el Salmo 69, de los sufrimientos de Cristo: "¡Las aguas han entrado hasta mi alma! Estoy hundido en cieno profundo, donde no puedo hacer pie; he llegado a aguas profundas, donde la corriente me anega". Y Esperanza respondió: "¡Ten ánimo, hermano mío! Siento el fondo, y es bueno".<sup>1</sup>

"Debajo están los brazos eternos". ¡Qué hermoso! Sí, "Estimada es a los ojos del Señor la muerte de sus santos". Pero para hacer esa confesión, y vivir y morir en esa confianza, su confesión debe ser firme. También acepta esto: "El Dios eterno es *tu* refugio." ¿Crees eso? Qué tremenda bendición. Saber eso es saber que "*Debajo están los eternos brazos*". Esa fue la confesión de mi madre. Fue un gozo ser testigo de ello. Quiera Dios que esta confesión sea hoy también la tuya.

<sup>1</sup> John Bunyan, revisado y actualizado por L. Edward Hazelburger, *El Progreso del Peregrino en inglés moderno* (North Brunswick, New Jersey: Bridge-Logos Publishers, 1998), 204